

El sentimiento autonómico

¿Cuál es la realidad de las comunidades autónomas? ¿Dónde se esconden sus raíces? ¿Por qué conservan a lo largo del tiempo una presencia activa en determinados pueblos de España?

He aquí las cuestiones previas. Quiero decir las cuestiones que debieran estudiarse antes de iniciar el análisis sociológico-político del problema. Yo pienso más: antes incluso de indagar en el basamento histórico. Porque una cosa es segura; a saber: que antes, mucho antes de que esas comunidades tomaran un cierto rumbo en el devenir cronológico y mucho antes de que ese rumbo se materializase en formas concretas de «vividura» comunitaria, ya la misma comunidad sentía, esto es, experimentaba, en un estilo quizá difuso, pero no por eso menos eficaz, el tirón de la tierra propia.

La emoción y las doctrinas

Hay, pues, primero que nada, un estado emocional. Un sentimiento, empleando esta palabra en el 'sentido más amplio posible. Un sentimiento, es decir, una toma de posición emotiva. Lo originario es la emoción. Lo que le sigue es el intento de plasmar esa emoción en términos inteligibles.

Pero ocurre que el proyecto de apresar lo emocional en la red de las palabras de juicio trae como secuela la formación de las doctrinas. Estas, a su vez, pueden ser tantas como tomas de posición ideológica asuman los autores. Una única y misma raíz sustenta y da vigor a las posteriores teorizaciones. Y aquí surge ya el primer malentendido. Porque se confunden y hasta se mezclan las elucubraciones con el manantial de donde han salido. Esta mixtura es mala. ¿Por qué? Pues porque entonces los programas aparecen teñidos de colores contradictorios. Yo digo más: aparecen con un carácter extraño de ambigüedad intelectual. Son, por una parte, doctrinas, y como tales materia objetable, discutible, opinable. Son, por otra, reflejos intensos de la capa emocional que toda criatura lleva fuertemente anclada en lo más hondo de su corazón. La consecuencia es clara: esos programas pueden no convencernos del todo. Pueden forzarnos a la querencia por uno determinado rechazando los demás, y, sin embargo, esa elección no acaba de dejarnos satisfechos. Inaugural inquietud. Nos parece como si al decidirnos por una ideología hubiésemos amputado algo muy necesario, algo muy esencial de nosotros mismos. Como si las otras ideologías también fuesen esenciales e ineludibles.

Pero, con todo, no es hacedero, ni siquiera imaginable, que en un gigantesco esfuerzo de comprensión las asumamos todas sin distinciones, sin matices y sin contradicciones.

¿Y qué es lo que nos produce la aprensión de haber estrechado nuestro campo de mira? ¿Qué es lo que nos suscita la incomodidad de haber eliminado *algo muy necesario*? Justamente el conjunto amorfo y difuso de nuestra propia intimidad, de nuestra propia emoción. La inteligencia nos sirve para entender el problema. La sensibilidad, el corazón, el sentimiento —llamémosle como queramos, que eso ahora poco importa— nos dice a gritos sofocados —los más dramáticos— que nos estamos traicionando.

Pero es menester avanzar un paso más en este pequeño viaje y preguntar: ¿en qué consiste ese *indispensable necesario*? Acabo de escribir algo que lo resume de un modo definitivo: el tirón de la tierra propia.

Cada tierra, cada paisaje suscita en el que lo vive toda una serie de vivencias muy radicales y muy constantes, que son las que a lo largo de su vida van conformándolo, van haciendo de él una persona. Dicho de otra manera: cada tierra natal imprime carácter y determina una forma de ligazón hombre-naturaleza de diverso estilo y de distinto alcance. Todos los tirones son lo mismo y, no obstante, todos son diversos. Y aun opuestos. El tirón de la tierra no tiene igual cariz en Cataluña, pongo por caso, que en Galicia, y en Galicia no se confunde con el del País Vasco. Creo, por tanto, que en este aspecto no vale generalizar. El tirón de la tierra se ejerce en todas partes, esto por descontado. Pero *la forma* de ese tirón posee un perfil, un escorzo que se diferencia considerablemente según los pueblos.

El de mi tierra, Galicia, es sumamente peculiar. Es, naturalmente, una

suma del hombre y su entorno natural. Pero esto no es decir bastante. En cualquier país se da la misma circunstancia. Lo notable es que esa suma se nos aparece en Galicia con unas características específicas. No se trata de unir un tanto metafóricamente al hombre gallego con su tierra o a ésta con el hombre gallego. No se trata, por ende, de una simple suma, sino de algo más. Ese algo más podríamos considerarlo como una totalidad o, aún mejor, como una estructura, esto es, como un conjunto que está por encima de la simple agregación de las partes que la constituyen. Lo que importa en nuestro caso es exactamente el punto de unión entre ambas instancias (sujeto y ambiente). La dificultad estriba en ahondar en esa rara articulación. Que es la que nos define. La zona de junción de los dos elementos constitutivos. En definitiva, es una alianza que concluye en íntima fusión. Y de ahí nuestro soterrado panteísmo.

Y de ahí también el carácter contradictorio del juego hombre-tierra aquí, en Galicia. El gallego es enormemente individualista y al mismo tiempo enormemente transindividual. Es un individualista que está más allá de todo lo individual.

Las ambivalencias que esto produce son considerables. No voy a relatarlas. Baste saber que, por no calar profundamente en este fenómeno y por no someterlo a consideración rigurosa, anda por ahí una imagen del hombre gallego sumamente pintoresca y sumamente irreal.

Por lo que nosotros tenemos de más específicamente humano, nos lanzamos a la proyección de nosotros mismos sobre el mundo: afán aventurero, espíritu emprendedor, fortaleza anímica ante las contrariedades de la vida, constancia en el trabajo, lealtad a la promesa dada, etc. Por lo que nosotros tenemos de más apegados a la tierra, nos afe-rramos al ritmo vegetal de la existencia,

a la reiteración de los modos del vivir, a la autodefensa y en buena medida a la pasividad. La tierra, que nos da sustento material y base personal, nos incita a una cierta resignación transindividual que en algunas sazones y de repente puede saltar hecha pedazos y dar lugar a la irrupción de las más tremendas *re-beliones*. Hay una «cólera del español sentado». Yo podría añadir, para completar el cuadro, que hay una «cólera del gallego vuelto de espaldas». Las dos son temibles. Y pienso que las dos nacen y prosperan por incomprensión. Por la incomprensión de los resortes más escondidos del alma del pueblo.

La lengua como sentimiento

Y aún es preciso admitir otras cosas.

¿Qué es la lengua? La lengua es una invención y es un olvido. Es una invención por creación continua del pueblo que acuña determinadas formas del habla, determinadas formas de hablar, y rechaza otras, esto es, las olvida. Ya se sabe que la lengua sirve, muy en primer término, para comunicarse unos hablantes con otros. Sirve para intercambiar comunicación. Pero ¿concluye ahí su misión, por complicada y absurda que llegue a ser? De ninguna manera. La lengua, el habla, lleva adosada a sus espaldas algo que ya no es comunicación en sentido estricto. Algo que está en los vocablos y más allá de los vocablos. Algo que es, de un lado, herencia generacional, carga histórica. O lo que es lo mismo: toda una zona de emociones vividas por nuestros antepasados. Emociones que fueron plasmándose lentamente en la estructura de las palabras, que las distorsionaron, y que llegan a nosotros e irradian sobre nuestra intimidad esa antigua energía sin que acaso lo sospechemos, pero, de todas formas, actuando, ejerciendo presión. Obligándonos. Obligándonos, en-

tre otras cosas, a pensar y a *sentir* en una determinada dirección y no en otra.

Pero no todo es carga generacional. También el propio hablante, en su actualidad, va dejando huella en el armazón del habla. En el habla hay, pues, el pasado vivo con sus anhelos y sus decepciones. En el habla hay también el presente con sus angustias y sus alegrías. Y hay, cómo no, la posibilidad de un futuro. ¿Cuándo? Cuando la lengua no yace inerte o semimuerta. La lengua, al dejarnos atisbar por sus entresijos la realidad humana inefable, la empuja hacia delante, la dinamiza, la torna más real. El habla acrece la cantidad de realidad del pueblo que la usa. Porque ese uso es un uso activo, quiero decir creador. No es una mera repetición, sino una insistente renovación.

Pues bien: esos túneles de humanidad que el habla nos muestra no hacen otra cosa, en el caso gallego, que realzar por modo innegable la zona de unión de la criatura con su medio. Como Galicia existencialmente se acerca más a lo natural que a ninguna otra forma de vida, la utilización del habla propia subraya su carácter irreductible a otras formas distintas del ser colectivo.

Esto trae consigo una clara consecuencia: la necesidad del respeto. Talar en el habla, arrinconarla, desvirtuarla es una operación que hiere profundamente la sustancia última del hombre de Galicia. Si le preguntáis quizá no sepa daros razón del rechazo, porque en el fondo tampoco sabe que su habla la lleva introyectada, incardinada en lo más recóndito de su persona. Pero algo muy definitivo, algo muy radical, va a estremecerse dentro de él. Le habréis amputado su inalienable cultura. La cultura que consiste en la realización de un programa de vida específico, al que la lengua sirve y que la lengua, a su vez, necesita para ser tal lengua.

Mas la cultura así entendida —y no hay otra forma de entenderla— es, en

nuestro caso, ese punto de flexión, ese instante de dinamización entre la criatura humana y su tierra que el gallego funcionaliza con muy peculiar matiz. Con muy decidido estilo vivencial. Y lo que dentro de él resuena pertenece ya al reino puro de la emoción. No nos extrañemos si entonces alzan su voz las irracionalidades. Es natural. Es entendible. Pero, por el amor de Dios, no las provoquemos. No es buena medida de conducta, no es buen directorio de convivencia el no atinar a poner un punto de reflexión y de consideración ante lo que acontece en el alma de nuestros semejantes. Además es suscitar un problema donde no lo había. Es, en suma, provocar. Y provocar problemas innecesarios constituye un grave error político, porque de innecesarios se transforman en insolubles. La capa emocional del hombre necesita de acendrada atención, de muy exquisita atención. No hacerlo equivale a perderse en el mar de las contradicciones, de las incomprensiones y de las rebeliones.

Aquí, en este punto, en esta realidad clara y difusa al mismo tiempo del tirón de la tierra, veo yo la raíz última de las comunidades autónomas. De su pervivencia y de su efectividad. Todo el problema estriba, pues, en reconocer su textura profunda, su textura casi inefable. Y, una vez conseguido tal objetivo, en ensamblarla en la otra realidad de lo nacional amplio, esto es, en la realidad de España. Para ello esquematizemos nuestra personal perspectiva. Galicia es una articulación sumamente sutil del hombre con su tierra. Esa articulación toma forma inteligible en el individuo merced al habla propia. Y esta articulación, cuando se pone en marcha, se torna fecunda y plena de sentido o, lo que es lo mismo, segura de sí misma. Por consiguiente, la existencia de Galicia como comunidad creadora de valores genéricos pasa por el tamiz de su personalidad específica. Esto nadie puede

borrarlo. Ni conviene borrarlo. ¿Por qué? Porque hacerlo constituiría una grave responsabilidad. Responsabilidad cultural y responsabilidad histórica. Y responsabilidad colectiva española, responsabilidad de todos nosotros, los gallegos y los no gallegos.

La autonomía

Así se asienta la realidad de la autonomía. Su realidad profunda.

Es tan honda y señala hacia límites tan avanzados de la persona humana que, por un curioso juego de exclusiones emocionales, todo el mundo piensa que ella sola es capaz de resolver el laberinto de los problemas inmediatos de la comunidad.

Pero la autonomía no resuelve todos los problemas. En rigor, ni la autonomía ni el centralismo resuelven todos los problemas. La vida jamás regala expedientes para solucionar el constante conflicto en el que la existencia colectiva consiste. (Y también, claro está, la individual.) Pero si, de todos modos, la autonomía soluciona las cuestiones mejor que la absorción indiscriminada del centralismo es porque lo hace en la dirección escondida y profunda de lo emocional. Lo consigue porque tiene en cuenta el tirón de la tierra. Porque respeta el juego dinámico generacional, porque atiende al presente en función del pasado —un pasado nada retórico— y al futuro —un futuro nada trepidante—. No se trata de profecías ni de gestos zahoríes. Se trata de realidades auténticas que no dejan de serlo porque su captación sea difícil o porque su energía pueda ser abolida. Una energía continua, sorda, penetrante. Si se me apura, transracional, pero muy viva y muy eficaz.

Todo esto, naturalmente, puede ser aplicado, sin limitación conceptual alguna, a cualquiera de las otras naciona-

lidades llamadas históricas. Creo que hasta sería conveniente que en este sentido se analizaran las posibles e imaginables concomitancias —y las disparidades— en relación con el caso gallego. Si alrededor de este problema alcanzásemos una mínima nitidez y un mínimo rigor, llegaríamos a la visión en panorámica de la dirección que todas llevan. Y de ese modo pondríamos pie en una meta hoy por hoy remota, a saber, la de aprehender de una vez la sustancia del tirón de la tierra que anda perdido e incontrolado por toda España.

España como mosaico

España es una diversidad riquísima, jugosa y al tiempo anquilosada. La tullen una inmensidad de prejuicios mentales. La unidad no es la uniformidad. La unidad es un proceso. Un proceso sumamente valioso en el que cada una de las partes que entran en el juego tiene su propio papel y su específico rostro. La totalidad compone una nueva figura de dilatado perímetro y de contornos ilustres.

El centralismo a ultranza lo que consigue es reducir esa variedad y, en consecuencia, secar una riqueza nueva y fecunda. Una riqueza enorme. El mosaico se deslíe y sus primitivos colores pierden y viran hacia la monotonía del gris. Consecuencia: el estancamiento, la no distinción entre cada una de las partes que integran el rico mosaico. Consecuencia subsiguiente: la falta de operatividad, la ineficacia. Finalmente: el escepticismo y la abulia. Porque, seamos sinceros, si se arguye que hoy apenas nadie cree en el futuro de las autonomías —de las verdaderas autonomías—, ¿quién puede creer a estas alturas en el porvenir de la ciega y fracasada uniformidad?

Tenemos, pues, ante nuestros ojos

una empresa de gran envergadura. De entrada, realzar con determinación y con exigencia el ser de cada una de las colectividades que están comenzando su vida. Después indagar, investigar, buscar la nueva junción de esas colectividades para que de forma vivaz nos entreguen la melodía hispana. No se trata de la vigilancia defensiva ni de la comunicación indiferente, sino del cultivo de los armónicos con que cada sonido particular ha de contribuir a la coral unitaria. No se trata, no debe tratarse, digo, de negar. Ha de tratarse de afirmar sumando y situando la suma más allá de sus propios componentes. O lo que es lo mismo: conquistando una estructura, una configuración nueva, inédita, ágil y fértil. Se trata de una gestación y del parto subsiguiente. Estamos, está España, sin duda, en tiempos de alumbramiento. Toda precaución es poca. Pero también toda decisión es poca.

Con algunas condiciones.

Primera, que no hagamos demagogia ni de un lado ni del otro. Ni desde el centro ni desde la periferia.

Segunda, que nos atengamos estrictamente a la realidad en torno.

Tercera, que sirvamos a la emoción, pero sin dejarnos arrastrar por la emoción.

Y cuarta, que nos propongamos forzosamente no cantar himnos de alabanza y gloria sin causa que los justifique. A la tierra de uno se la sirve conociéndola rigurosamente en todos sus recovecos, en todas sus virtudes y en todos sus fallos. Y se la sirve de manera egregia colocándola en el lugar eminente que le corresponda. En el lugar eminente que supone contribuir de forma decisiva, con todo un estilo de vida, con una lengua propia y con una cultura específica, al abierto mundo de la España múltiple, pluritaria y unitaria con la que todos soñamos.

La España plenaria, la misma Espa-

ña, es víctima del centralismo. Ella también. Ella en su unidad trascendente, en su legítima pluralidad. Pues sólo lo plural fundamenta lo único. Sólo lo diverso fundamenta la unidad. Si así vemos todo el problema, al final nos va a salir al paso un amplio horizonte existencial que valdrá la pena compartir. Que valdrá la pena sustentar. Por el que valdrá la pena luchar. Tras el Estado de las autonomías está depositada la realidad honda de España como configuración total. Así cobra sentido el mosaico de España. Con nosotros, con

todos nosotros elevados a nuestra nobleza y dignidad dentro del sentido trascendente de lo que nos une.

Hay un tirón de la tierra en España que, como todo lo emocional, es un misterio que se nos escapa, pero que nos encadena. Que ahí está. Son zonas de él —y no las únicas— el tirón de la tierra de Galicia, de Cataluña, del País Vasco.

Las raíces en la oscuridad se funden.

D. G. S."

* 1910. Presidente de la Real Academia Gallega de la Lengua.